



El Golem

GUSTAV MEYRINK

Ilustraciones:
ALEJANDRA ACOSTA



GUSTAV MEYRINK

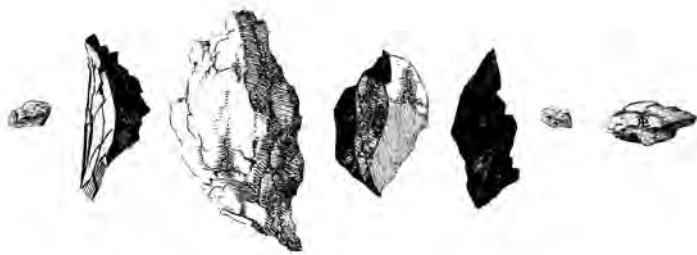


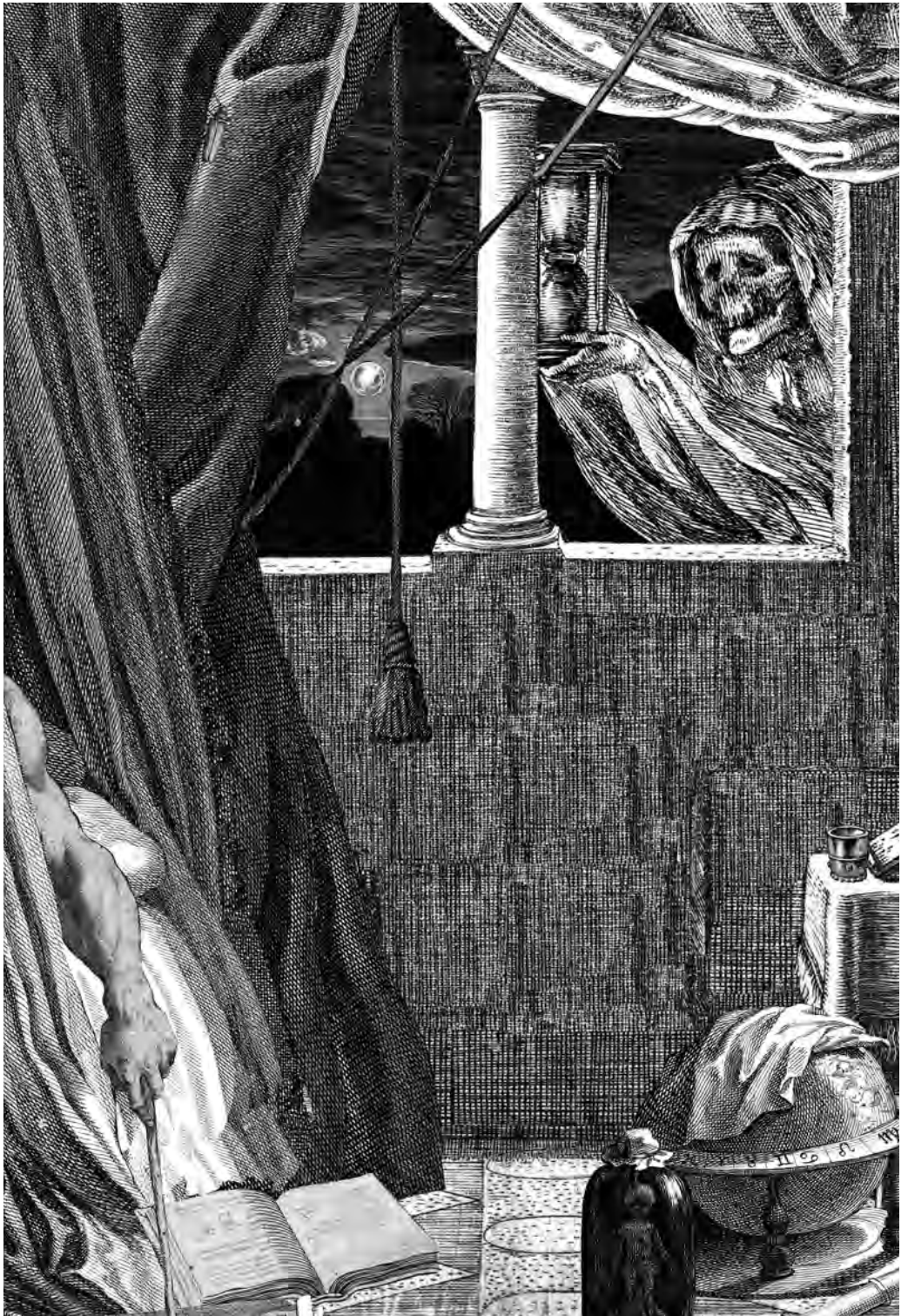
El Golem

Ilustraciones:
ALEJANDRA ACOSTA

Traducción:
ALFONSO UNGRÍA

*





El Golem

S U E Ñ O

La luz de la luna cae al pie de mi cama y se queda allí como una piedra grande, lisa y blanca.

Cuando la luna llena empieza a menguar y su lado derecho se corrompe –como una cara que se acerca a la vejez, mostrando primero las arrugas en una mejilla y adelgazando después–, a esa hora de la noche se apodera de mí una inquietud sombría y angustiosa.

No estoy dormido ni despierto, y en el ensueño se mezclan en mi alma lo vivido con lo leído y oído, como corrientes de distinto brillo y color que confluyen.

Antes de acostarme había leído la vida de Buda Gautama e incesantemente volvían a repetirse en mi mente, de mil formas, estas frases:

«Una corneja voló hacia una piedra que parecía un trozo de grasa y pensó: “Quizás haya aquí un buen bocado”. Pero como la corneja no encontró nada apetitoso, se alejó. Del mismo modo que la corneja que se acercó a la piedra, nosotros, los seguidores, abandonamos al asceta Gautama cuando hemos perdido placer en él.»

Y la imagen de la piedra que parece un pedazo de grasa crece monstruosamente en mi mente.

Camino por el lecho seco de un río y recojo guijarros lisos de color gris-azulado, cubiertos de polvo brillante, sobre los que pienso y recapacito, y con los que sin embargo no sé qué hacer; y después otros

negros con manchas amarillas de azufre, como pétreos intentos de un niño por imitar unas salamandras toscamente moteadas.

Y quiero arrojar esos guijarros lejos de mí, pero una y otra vez me caen en las manos, y no puedo apartarlos de mi vista.

Aparecen a mi alrededor todas las piedras que han jugado un papel en mi vida.

Algunas se esfuerzan desmesuradamente por surgir de la tierra a la luz, como grandes cangrejos color pizarra que suben con la marea, empeñados en atraer mi mirada hacia ellos y decirme cosas de importancia infinita.

Otras, agotadas, vuelven a caer sin fuerzas en sus agujeros y renuncian a hablar.

A veces salgo de la oscuridad de estos sueños y veo de nuevo, por un instante, la luz de la luna sobre el borde plegado de mi manta, al pie de mi cama, como una piedra grande, lisa y clara, para recuperar, tanteando ciegamente, una conciencia que se diluye, buscando sin descanso la piedra que me atormenta, la que debe estar en algún sitio oculta entre los escombros de mis recuerdos y que parece un pedazo de grasa.

Me figuro que un desagüe –con los bordes carcomidos por la herrumbre– debió de haber caído en tiempos pasados junto a él en el suelo, y obstinadamente quiero forzar esta imagen en mi espíritu, para engañar y adormecer mis pensamientos asustados.

No lo consigo.

En mi interior una obstinada voz afirma una y otra vez con necia tenacidad –incansable como un postigo que el viento golpeará contra las paredes a intervalos regulares– que ello no es así, que esta no es en absoluto la piedra que parece grasa.

Y no hay forma de librarme de la voz.

Cuando, por centésima vez, objeto que todo esto es secundario, calla entonces por un momento, pero luego, imperceptiblemente, va despertando para volver a comenzar obstinadamente: «Sí, bueno, está bien, pero no es la piedra que parece un pedazo de grasa».

Entonces, lentamente empieza a apoderarse de mí una insoportable sensación de desamparo.

No sé lo que ha pasado después. ¿He abandonado voluntariamente la lucha, o ellos, mis pensamientos, me han dominado y amordazado?

Solo sé que mi cuerpo yace dormido en la cama y que mis sentidos se han separado y ya nada los une a él.

De repente quiero preguntar quién es «Yo»; y es entonces cuando me acuerdo de que ya no poseo órgano alguno con el que formular preguntas, y temo que esa estúpida voz vuelva a despertar y comience desde el principio el eterno interrogatorio sobre la piedra y la grasa.

Y así me alejo.

D Í A

De repente me hallaba en un lóbrego patio y miraba por una puerta rojiza hacia el frente –al otro lado de una calle estrecha y sucia– a un cambalachero judío arrimado a una bóveda de cuyas paredes colgaban baratijas de hierro, herramientas rotas, estribos y patines roñosos y toda clase de cosas muertas.

Y esta imagen tenía en sí la acongojante monotonía que caracteriza a las impresiones que cruzan a diario el umbral de la percepción, tan a menudo como los vendedores ambulantes lo hacen por nuestras casas, sin despertar curiosidad ni asombro.

Me di cuenta de que hacía ya mucho tiempo que me sentía en ese ambiente como en casa.

Tampoco esta sensación me produjo grandes emociones, a pesar de su contraste con lo que hacía poco percibiera y con el modo de llegar aquí.

De repente, al subir las gastadas escaleras hacia mi vivienda y pensar superficialmente en el aspecto grasiento de los peldaños, me vino la idea de que en algún sitio había leído u oído algo sobre la singular comparación entre una piedra y un pedazo de grasa.

Entonces oí pasos que subían delante de mí por el tramo superior de la escalera, y al llegar a mi puerta vi que era Rosina, la chica pelirroja de catorce años, hija del cambalachero Aaron Wassertrum.

Tuve que pasar junto a ella, y como estaba apoyada de espaldas en la barandilla de las escaleras, se echó divertida hacia atrás.

Había apoyado sus sucias manos en la barra de hierro y la palidez de sus brazos desnudos destacaba en la penumbra.

Evité su mirada.

Me daba asco su desvergonzada sonrisa, al igual que su cara de cera, parecida a la de un caballo de tiovivo.



Pensé que su carne debía de ser blanca y esponjosa, como la del ajolote que acababa de ver en una jaula de salamandras en la pajarería.

Sus pestañas pelirrojas me resultan tan repugnantes como las de un conejo.

Abrí y cerré rápidamente la puerta detrás de mí.

Desde mi ventana podía ver al cambalachero Aaron Wassertrum delante de su puerta. Estaba apoyado a la entrada de la oscura bóveda y recortaba sus uñas con unos alicates.

Rosina la pelirroja ¿era su hija o su sobrina? Él no se le parecía.

Entre los rostros judíos que veo cada día en la calle Hahnpass puedo diferenciar claramente las diferentes estirpes, pero es tan difícil establecer los parentescos directos de cada individuo como mezclar el agua y el aceite. Nunca es posible decir: esos dos son hermanos, o padre e hijo.

Este pertenece a tal estirpe, aquel a tal otra, eso es todo lo que se puede leer en los rasgos de sus facciones.

Y por otra parte, ¿qué demostraría que Rosina se parece al cambalachero?

Estas estirpes mantienen entre sí una repugnancia y aborrecimiento ocultos, que rompen incluso las barreras del estrecho parentesco de sangre, pero saben ocultarlo al mundo exterior, del mismo modo que se guarda un secreto peligroso.

Ni uno solo deja traslucirlo, y en esta coincidencia se parecen a ciegos llenos de odio que se aferran a una cuerda sucia: uno con ambas manos, el otro a disgusto con un solo dedo, pero todos ellos llenos de un miedo supersticioso a sucumbir en cuanto olviden el apoyo común y se separen de los demás.

Rosina pertenece a esa estirpe cuyo tipo pelirrojo es más desagradable que los demás, cuyos hombres son estrechos de pecho y tienen un largo cuello de gallina con una nuez prominente.

Todo en ellos tiene un aspecto pecoso y durante toda su vida padecen ardientes tormentos, y luchan en secreto contra deseos y apetencias en una batalla ininterrumpida y sin éxito, atormentados por un continuo y repugnante miedo por su salud.

No sabía cómo podía considerar a Rosina emparentada con el cambalachero Wassertrum.

Nunca la he visto cerca del viejo, ni he notado que se hayan dicho algo alguna vez.

Ella estaba casi siempre en nuestro patio, o se metía en los oscuros rincones y pasillos de nuestra casa.

Seguramente todos mis vecinos la consideran una pariente próxima o una tutelada del cambalachero, y sin embargo estoy convencido de que no se podía citar ni un solo motivo para tales suposiciones.

Quise apartar mis pensamientos de Rosina y miré a la calle Hahnpass a través de la ventana abierta de mi habitación.

Aaron Wassertrum, como si hubiese sentido mi mirada, volvió su rostro hacia mí.

Su rostro rígido y horrible, con los ojos redondos de besugo y el labio superior leporino y entreabierto.

Parece una araña humana que siente el más ligero roce en su tela, por muy indiferente que pretenda parecer.

Y ¿de qué vivirá? ¿Qué piensa y qué posee?

Yo no lo sabía.

De los ángulos de las paredes y de la puerta cuelgan día tras día, año tras año, invariables, las mismas cosas muertas y sin valor.

Podría dibujarlas con los ojos cerrados: aquí la retorcida trompeta sin teclas, allá el cuadro amarillento pintado sobre papel de unos soldados que forman un grupo extraño, luego una guirnalda de espuelas oxidadas que cuelgan de una correa de cuero enmohecido y otros trastos anticuados.

Y en el suelo, amontonadas unas junto a otras –de modo que nadie pueda traspasar el umbral de la tienda–, una serie de placas redondas de cocina oxidadas e inutilizables.

El número de esas cosas no aumentaba ni disminuía nunca, y si alguien se detenía alguna vez al pasar y preguntaba por el precio de alguna de ellas, el cambalachero se mostraba terriblemente excitado. Levantaba entonces, enfurecido, su labio leporino y mascullaba iritado algo incomprensible con gárgaras y trompicones tales que al comprador se le iban las ganas de seguir preguntando y continuaba espantado su camino.

La mirada de Aaron Wassertrum se había retirado rápidamente de mi vista y descansaba ahora con gran interés en las desnudas paredes de la casa a la cual da mi ventana.

¿Qué podía haber allí?

¡La casa da la espalda a la calle Hahnpass y sus ventanas se abren al patio! Solo una de ellas lo hace a la calle.

Casualmente pareció que en ese momento entraba alguien en las habitaciones del edificio de al lado, que están a la misma altura que las mías y que creo que pertenecen a un pequeño ático, pues de repente oí a través de la pared una voz masculina y una femenina hablar entre sí.

Pero ¡era imposible que el cambalachero lo hubiera percibido desde abajo!

Al otro lado de mi puerta se movió alguien y adiviné: sigue siendo Rosina, que está esperando afuera, en la oscuridad, quizás deseosa de que la invite a pasar.

Y abajo, un tramo más abajo, acecha el imberbe Loisa, picado de viruelas, escuchando en las escaleras, conteniendo la respiración por si abro la puerta, y siento materialmente el hálito de su odio y de su rabiosa envidia que llega hasta mí.

Temer acercarse más y que Rosina le vea. Sabe que depende de ella como un lobo hambriento depende de su guardián, y sin embargo querría saltar y desligar sin pensarlo las riendas de su ira.

Me senté a la mesa de trabajo y saqué las pinzas y el buril.

Pero no podía hacer nada, mi mano no estaba lo suficientemente tranquila como para restaurar el fino grabado japonés.

La vida turbia y triste que envuelve la casa enerva mi ánimo y continuamente surgen ante mí viejas imágenes.

Loisa y su hermano gemelo Jaromir no son más que un año mayores que Rosina.

Apenas podría acordarme de su padre, hostiero. Y ahora se ocupa de ellos, creo, una anciana.

Pero no podría decir cuál de ellas, entre las muchas que viven escondidas en la casa como tortugas en su rincón, es la que les cuida.

Ella se ocupa de los dos chicos, es decir, los aloja, y a cambio ellos han de entregarle lo que consiguen robando o mendigando.

¿Si les dará de comer? No imagino que lo haga, pues la vieja llega muy tarde a casa.

Debe de ser la limpiadora de cadáveres.

Cuando todavía eran muy pequeños veía jugar inocentemente a Loisa, Jaromir y Rosina en el patio de la casa.

Pero hace tiempo que eso se acabó.

Ahora Loisa se pasa todo el día detrás de la judía pelirroja.

A veces la busca en vano por todos lados, y cuando no consigue encontrarla por ninguna parte, se arrastra hasta mi puerta y espera, con la cara descompuesta, a que ella llegue.

Entonces, mientras trabajo, le veo esperar con los sentidos obnubilados, agachado en los recovecos del pasillo, atento, con la cabeza inclinada hacia adelante. A veces un rumor bestial rompe el silencio.

Jaromir, que es sordomudo, y cuyo pensamiento está lleno de un continuo y loco deseo de Rosina, merodea como un animal salvaje por la casa, y su ladrido balbuceante y quejoso, inconscientemente emitido por sus celos y su rabia, resuena tan estremecedor que hiela la sangre.

Busca a los otros dos, a los que cree siempre juntos, escondidos en alguno de los miles de sucios escondrijos, con un delirio ciego, alimentado por la obsesión de permanecer pegado a su hermano y evitar así que ocurra algo con Rosina sin que él se entere.

Yo tenía el presentimiento de que era precisamente este inacabable tormento del minusválido lo que llevaba a Rosina a unirse continuamente con el otro.

En cuanto se debilita esta inclinación o disposición de Rosina, Loisa inventa siempre algún nuevo cochino refinamiento para volver a atizar en él el ansia de Rosina.

Entonces hacen como si el sordomudo les hubiese pillado o dejan que realmente les pille y le atraen subrepticamente tras ellos, hacia los oscuros pasillos, donde han construido –con aros roñosos de garrafas que se catapultan nada más pisarse y rastrillos con las puntas hacia arriba– malvadas trampas en las que ha de tropezar y caer sangrando.

Rosina se inventa de vez en cuando algo infernal para que el tormento sea mayor. Entonces, de golpe, cambia su comportamiento hacia Jaromir y hace como si de repente le agradase.

Con el rostro siempre risueño le cuenta rápidamente cosas que a él le producen una loca excitación. Para este fin se ha inventado un lenguaje de signos aparentemente lleno de secretos, y solo comprensible a medias, que hace que el sordomudo se enrede inevitablemente en una inextricable red de inseguridad y ardientes esperanzas.

Una vez lo vi en el patio frente a ella y esta le hablaba con tal movimiento de labios y desmesura de gestos que creí que en cualquier momento sucumbiría a su salvaje excitación.

El sudor le caía por la cara a causa del esfuerzo sobrehumano por entender lo que decía, intencionadamente fugaz y oscuro.

Durante todo el día siguiente estuvo esperando ardientemente bajo las oscuras escaleras de una casa medio derruida, en la prolongación del estrecho y sucio callejón Hahnpass... hasta que se le pasó la hora de mendigar un par de reales por las esquinas.

Y cuando de noche quiso volver a casa, medio muerto ya de hambre y de excitación, hacía mucho que su ama había cerrado dejándole fuera.

A través de la pared llegó hasta mí, desde el estudio de al lado, una alegre risa femenina.

¡Una risa!... ¿En esta casa una alegre carcajada? En todo el gueto no vive nadie que pueda reír alegremente.

Entonces me acordé de que unos días atrás el viejo titiritero Zwakh me había confiado que un señor joven y elegante le había alquilado a buen precio su estudio, al parecer con la intención de reunirse sin ser visto con la elegida de su corazón.

Debieron de subir poco a poco, pieza por pieza, los refinados muebles del nuevo inquilino para que nadie notara nada.

El bondadoso anciano se frotaba las manos de gusto cuando me lo contó, disfrutando como un niño por lo hábil que había sido al conseguir que ninguno de los vecinos tuviera la más mínima idea de la presencia de la romántica pareja.

Además, desde las tres casas era posible llegar sin ser visto al estudio. ¡Incluso a través de una trampilla se podía llegar a él!

Sí, si se abría la portezuela de hierro en el suelo de la habitación –lo que era muy fácil desde el otro lado–, se podía llegar, pasando por mi habitación, a las escaleras de nuestra casa y utilizarlas como salida...

De nuevo llega hasta mí la alegre risa y me deja el velado recuerdo de una lujosa mansión y de una familia noble, donde me llaman muy a menudo para hacer pequeñas restauraciones en valiosas antigüedades.

De pronto, oigo al otro lado un grito estridente. Escucho asustado.

La trampilla de hierro en el suelo chirría con fuerza y al instante aparece una mujer en mi habitación.

El pelo suelto, blanca como la cal y un chal de brocado sobre los hombros desnudos.

–¡Maestro Pernath, ocúlteme, por el amor de Cristo; no haga ninguna pregunta y ocúlteme aquí!

Antes de que pudiera contestar, abrieron de nuevo mi puerta y otra vez la cerraron de golpe.

Por un segundo nos sonrió, como una horrenda máscara, la cara del cambalachero Aaron Wassertrum.

Ante mí aparece una mancha redonda y clara, y a la luz de la luna reconozco de nuevo los pies de mi cama. Todavía me cubre el sueño como un pesado abrigo de lana y el nombre Pernath se dibuja en mi recuerdo en letras doradas.

¿Dónde he leído este nombre? ¿Athanasius Pernath?

Yo creo que hace mucho, mucho tiempo, en alguna parte, tomé otro sombrero, por confusión, comprobando asombrado que me sentaba tan bien, teniendo como tengo una forma de cabeza tan especial.

Y miré en el sombrero y entonces... Sí, sí, allí estaba en letras doradas la etiqueta sobre el forro blanco:

ATHANASIUS PERNATH

Me asusté del sombrero y me dio miedo, no sabía por qué.

Entonces llega de repente hasta mí, como una flecha, la voz que había olvidado y que continuamente pretendía saber dónde estaba la piedra que parecía un pedazo de grasa.

Enseguida me imagino el agudo perfil con dulzona sonrisa irónica de la roja Rosina, y de ese modo retengo la flecha, que al instante se pierde en la oscuridad.

Sí, ¡la cara de Rosina! Se aparece más fuerte que la susurrante voz; ahora que estaré escondido en mi habitación de la calle Hahnpass podré estar completamente tranquilo.

I

Sí, no me he confundido en la impresión de que alguien sube la escalera detrás de mí a cierta distancia, siempre igual, con la intención de visitarme; ese alguien debe de estar ahora aproximadamente en el último tramo.

Título original: *Der Golem*

© 2019, de las ilustraciones: Alejandra Acosta

© 1972, de la traducción: Alfonso Ungría,
Tusquets Editores

© 2020, Libros del Zorro Rojo
Barcelona – Buenos Aires – Ciudad de México
www.librosdelzorrorojo.com

Esta obra es una realización de Libros del Zorro Rojo

Proyecto: Alejandro García Schnetzer

Dirección editorial: Fernando Diego García
Dirección de arte: Sebastián García Schnetzer

Edición: Marta Ponzoda Álvarez
Corrección: Sara Díez Santidrián

Con la colaboración del
Institut Català de les Indústries Culturals

Primera edición: febrero de 2020

ISBN 978-84-120611-2-3 Depósito legal: B-17205-2019

Impreso en España por Unigraf, s.l.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,
sin el permiso previo y por escrito de los titulares
del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

El derecho a utilizar la marca «Libros del Zorro Rojo»
corresponde exclusivamente a las siguientes empresas:
albur producciones editoriales s.l.
y LZR Ediciones s.r.l.

